

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

TEMAS TEOLÓGICOS FUNDAMENTALES

Antes de abordar propiamente la presentación de Jesucristo que hace el evangelio de san Mateo, parece pertinente presentar algunos temas teológicos fundamentales presentes en dicho evangelio, así se puede enmarcar y apreciar mejor la cristología que emerge de la obra.

Son varios los temas que el evangelista tiene como trasfondo y/o marco en su evangelio, se presentarán solo algunos que aparecen como más relevantes.

Relación con la tradición religiosa de Israel

Es importante comprender, desde el evangelio de Mateo, cuál es la relación de los discípulos de Jesús con la tradición religiosa de Israel, para lo cual es necesario comprender la relación de Jesús con Israel. No se puede negar la relación de Jesús con Israel ni la que luego tendrá la Iglesia con Israel, pero es preciso reconocer que Mateo evidencia una situación de ruptura e independencia con la fe de Israel, que es superada con Jesús. Se dará una continuidad pues en Jesús se cumplen las Escrituras, llega a su plena realización lo anunciado y prometido (sobre todo a través de los profetas), pero al mismo tiempo hay una discontinuidad, una ruptura o superación de muchas realidades veterotestamentarias.

En Mateo queda claro que el verdadero legislador es Jesús y no Moisés (cf. Mt 5, 43-47), Jesús no legisla como Moisés -quien en ocasiones legisló transigiendo con la dureza de corazón- sino desde la auténtica voluntad de Dios (Mt 19, 8).

También se afirma que Jesús enseña en las sinagogas y llega a suscitar asombro por lo que enseña (Mt 4, 23; 12, 9; 13, 54) y la sinagoga permanece en su incredulidad, rechazando de modo práctico la enseñanza de Jesús. Al lamentarse por Jerusalén muestra la falta de acogida de Israel a los designios divinos y anuncia que la casa quedará vacía (Mt 23, 38), es decir, sin la presencia de Dios, que, en el pensamiento judío, habita el Templo. La indiferencia y rechazo provocará que el Reino, que era de Israel, sea dado a un pueblo que lo haga fructificar (Mt 21, 43). El rechazo de los judíos a Jesús, la ruptura que el pueblo

hace con Jesús, queda expresada en la narración de la Pasión: «Y todo el pueblo respondió: ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (Mt 27, 25).

Un modo de señalar la ruptura con la tradición religiosa de Israel es la poca importancia que Mateo da en su relato a Jerusalén, que, como se sabe, era la capital religiosa de Israel. Ante la noticia del nacimiento de Jesús, indicada por los magos de oriente, Mateo afirma que «el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén» (Mt 2, 3) y, llamativamente, la estrella que guiaba a los magos, no brilló en Jerusalén (cf. 2, 9-10).

Jerusalén representa, en Mateo, no solo aquella a la que hay que acudir siguiendo los preceptos de la *Torá* sino que es también la ciudad rebelde, la que rechaza y mata a los profetas, es la ciudad que rechaza a Jesús, cerrándose ante la oferta salvadora de parte de Dios y el rechazo a la novedad que Dios ofrece. Llamada a ser la ciudad santa se ha convertido en la Jerusalén que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados (cf. Mt 23, 37; 21, 37-39). Pero no obstante el rechazo de Jerusalén, que es en realidad el rechazo de los jefes religiosos, Jesús muestra afecto por la ciudad y el pueblo que la habita y anuncia, luego del lamento por la ciudad expresado en 23, 37, algo referente a una actitud diversa: «les digo que ya no me volverán a ver hasta que digan: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (23, 39). Conviene presentar esa otra perspectiva que en Mateo emerge sobre Jerusalén.

Es sobre todo en Mt 27, 53 que se abre una perspectiva a la Ciudad Santa en el contexto de la muerte de Jesús «En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se hendieron. Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos.» (Mt 27, 51-53). El texto ayuda a comprender la esperanza de una renovación escatológica de Jerusalén, que cumple las promesas antiguas. Durante la entrada mesiánica hay una comunidad que, en actitud contraria a la de los jefes, que rechazan a Jesús, le reconoce y proclama: «¡Hosanna al Hijo de David! Bendito el que viene en nombre del Señor. ¡Hosanna en las alturas!» (Mt 21, 9); en el Templo la gente gritaba: «Hosanna al Hijo de David», suscitando la indignación de los jefes religiosos (cf. Mt 21, 14); e incluso se alude a algunos que precederán a los jefes en el reino (Mt 21, 31). Hay en Mateo no solo la constatación de Jerusalén que rechaza a Jesús sino también la

declaración de miembros fieles del pueblo de Dios y así se entiende que muchos muertos resucitaron, a partir de la muerte de Jesús, y entraron en la Ciudad Santa, mostrando así la fidelidad de Dios a sus promesas. Él es fiel con aquellos miembros del pueblo escogido que fueron fieles. Pero con Jesús, presenta Mateo, llega una ruptura con los esquemas religiosos del pasado y se da el verdadero cumplimiento de lo que había sido anunciado y prometido.

Cumplimiento

El tema del cumplimiento es, en cierta medida, un tema central que sirve de fundamento a todo el evangelio de san Mateo. El anuncio de Jesús en el Sermón de la montaña: «no piensen que he venido a abolir la ley o los profetas, no he venido a abolir sino a dar cumplimiento» (5,17) es en realidad la base de todo el mensaje y toda la misión de Jesús. Él ha venido para llevar a cumplimiento la Ley y los profetas, para realizar todo lo que había sido prometido en el Antiguo Testamento. Jesús es el cumplimiento de todas las promesas. Cuando aparece recibiendo el bautismo de Juan, se señala que eso convenía para cumplir toda justicia (cf. Mt 3, 15). Por otra parte, aparecen las citas de cumplimiento o también llamadas por algunos: citas formularias, las mismas que van a ser repartidas a lo largo del Evangelio. Con ellas lo que se intenta es dejar claro que en Jesús se está cumpliendo todo lo dicho por los profetas. El acontecimiento Cristo es el cumplimiento de todo lo anunciado y prometido.

La importancia de las citas de cumplimiento se comprende más cuando en el huerto de Getsemaní dice el Señor: «¿Cómo se cumplirá lo que está escrito, que esto tiene que suceder?» (26, 54) o lo que se afirma poco después: «todo eso sucede para que se cumplan las profecías» (26, 56). En el contexto del origen judío de este evangelio, Mateo insiste en Jesús como el cumplimiento de las esperanzas anunciadas por los profetas. Es por eso que se puede descubrir la identidad mesiánica de Jesús, pues en Él se cumple lo anunciado y prometido. La esperanza de Israel llega a su cumplimiento a través de Jesús.

Es también importante considerar que la doctrina que aparece en el libro de Isaías, en los capítulos 40 al 55 va a cumplirse también en Jesús de Nazaret. En esos capítulos se trata de un personaje, de un profeta suscitado hacia el final del exilio de Babilonia. Dicho profeta ofrece un mensaje de esperanza que se

confirma en los capítulos 60 al 62. Esos capítulos van a estar en la base del mensaje de Jesús y de su proclamación de la Buena Nueva del reinado de Dios. Encarnando lo que se anunció en Isaías, Jesús viene a cumplir en sí mismo la historia de Israel, ejemplifica lo que debió ser Israel, el Siervo de Dios, el Escogido. Es oportuno considerar que el libro de Isaías, con un fuerte mensaje acerca del Mesías (Salvador) suscitado por el Señor, está presente en la actuación y enseñanza de Jesús, como también están presentes otros libros proféticos que reciben la influencia de Isaías como Malaquías, Zacarías 9-14, Jonás, Daniel, Sabiduría.

En definitiva, en Mateo es claro que Jesús cumple lo que había sido anunciado, realiza la esperanza de Israel, es presentado como el Mesías anunciado y esperado.

La justicia mayor

Se lee en el evangelio de Mateo: «Si la justicia de ustedes no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos» (5, 20). Los escribas y fariseos vivían una pasión por el cumplimiento meticuloso de la Ley. Porque estaban convencidos que el cumplimiento de la Ley les obtenía la bendición y benevolencia divina, lo suyo era una preocupación casi obsesiva por cumplir los mandatos y preceptos. Tal cumplimiento meticuloso de los preceptos les concedía presumir de ser justos, de vivir en justicia. Jesús, sin desconocer el esfuerzo de esos hombres religiosos, indica una posibilidad mejor, una justicia mayor que refleja de mejor modo la justicia divina.

Así, a partir del versículo 21 y hasta el versículo 48 del capítulo 5 se hacen unas precisiones para entender dicha justicia mayor. La justicia mayor supone adherir a lo que en verdad Dios ha revelado y no solo a lo que se ha oído o comprendido. Es Jesús, el Hijo del Padre, quien puede indicar lo que en realidad Dios preceptuó. En el camino se han transmitido los mandatos y, en ocasiones, acomodándolos y perdiendo su verdadero sentido, que es el que Jesús indicará. Las antítesis “ustedes han oído...ahora yo les digo” muestran la justicia mayor. No se trata solo de no matar sino de no airarse con el hermano; no hay que evitar solo el adulterio sino incluso el desear indebidamente a una mujer. La justicia mayor va más allá de la justicia social pues la justicia social es tan solo un mínimo

en la vivencia de la caridad, Jesús pide más, otra justicia mayor, una caridad grande que dispone a amar profundamente, no solo inicialmente. La justicia mayor conduce a no airarse, no desear a la mujer del otro ni siquiera en el propio interior, a no repudiar a la mujer lo que supone una madurez en el amor, Conduce a ser creíble de tal modo que más allá de la propia palabra nada sea necesario, evitando todo juramento. Trasciende también la justicia mayor a la ley del Tali3n que era ya un avance al evitar el descontrol de la ira y la venganza. En cierta medida, la ley del Tali3n era un acto de justicia, permitiendo una reivindicaci3n (y hasta venganza) proporcionada. La justicia mayor no admite aquello que puede parecer justo y equilibrado, conduce a la magnanimidad, a proceder con coraz3n y alma grandes, con generosidad en la capacidad de perdonar. Sin duda, perdonar no se hace f3cil all3 donde no hay amor pues es una cara del verdadero amor y solo el amor hace posible el perd3n. Jes3s presenta, finalmente, una situaci3n que luego le permite explicar la raz3n 3ltima de la justicia mayor, se3ala que hay que amar incluso al enemigo, que es preciso orar por quienes persiguen para ser hijos del Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. La justicia mayor procede de asumir el estilo de Dios por ser sus hijos. As3 como Dios dona el sol y la lluvia sin distinguir entre malos y buenos o justos e injustos, as3 el disc3pulo de Jes3s ha de proceder obrando el bien con todos. Se trata de obrar como Dios, sin divisi3n entre los que pueden ser destinatarios del bien, se trata de obrar bien siempre y con todos, superando la ley del tali3n que permit3a un obrar un mal graduadamente. Jes3s explica que amar a quienes aman no tiene m3rito como tampoco lo tiene saludar a quien saluda. Se trata, entonces, de ser perfectos como el Padre celestial, as3 el cristiano se hace sal de la tierra y luz del mundo. Esta justicia mayor hace al cristiano diverso a los escribas y fariseos, que ya buscaban el bien, lo hace vivir en la actitud del Padre, que Jes3s muestra y que hace posible.

La Ley y los profetas

La comunidad cristiana a la que se dirige Mateo recibe el reclamo de los escribas y fariseos, entre otros, que tildan de infieles a los jud3os que han abrazado el cristianismo. La ense3anza rab3nica, en tiempos de Jes3s, afirmaba 613

mandamientos y, además, los «actos de justicia», principalmente el ayuno, la oración y la limosna. Un judío que pretendía observar la Ley de Dios debía observar meticulosamente esos mandamientos según lo que enseñaban los escribas y fariseos. Naturalmente, existían los judíos piadosos que, con gozo y alegría, procuraban cumplir esos mandamientos y actos de justicia como correspondencia al amor divino, desde una verdadera actitud de piedad. Pero no faltaban tampoco quienes hacían de la práctica de esos mandamientos motivo de orgullo, y caían en la beatería y hasta en la hipocresía.

Jesús es presentado por Mateo como quien cumple la Ley en su sentido verdadero. *Torá*, Ley, significa esencialmente la enseñanza de Dios, establecida en las diez palabras, los diez mandamientos que eran signo de la alianza del Señor con el pueblo elegido. La enseñanza divina, fundamentalmente, establecía el modo de vivir adecuadas relaciones con Dios y con los demás, el propósito de la Ley es, principalmente, mostrar cómo es posible vivir del modo correcto la relación con Dios y con los demás. La Ley establece el modo de vivir los lazos que había que desarrollar. En tal sentido, la concepción fundamental es que el amor del ser humano es la respuesta conveniente al amor y a la gracia de Dios que liberó a su pueblo y lo convirtió en el pueblo de su propiedad. Jesús enseña que lo que motiva la Ley de Dios, la fuerza del comportamiento según el querer de Dios, es el amor; así se ha de entender el texto de Mateo 22, 34-40. En la época de Jesús se había hecho común que un maestro fuese un experto en casuística, hábil para resolver adecuadamente los diversos casos que podían darse en el cumplimiento de la Ley. Dicha concepción fomentó un legalismo propugnado por los escribas y fariseos, ante el que Jesús reaccionaba. Los escribas y fariseos se sentían particularmente expertos, en cuanto maestros, al conocer los diversos casos y plantear las soluciones que, según ellos, provenían de la Ley. Jesús, en cambio, propone que la verdadera justicia no es simplemente la interpretación literal de ciertos preceptos, sino la fidelidad a la voluntad divina. Se trata, según Jesús, de procurar y buscar la justicia de Dios (5,6; 6, 33), de actuar con justicia respecto a Dios y a los demás, buscando un amor desinteresado, reflejo del amor divino (cf. Mt 5, 48). Esto solo es posible si se logra conocer lo que Dios desea, en tal sentido, la *Torá* es el instrumento que Israel ha recibido de Dios para conocer su voluntad. Conociendo lo que es recto, el pueblo guarda la enseñanza de Dios en su corazón (Is 51, 7; Jer 31,33);

actuando así, los creyentes fieles se convierten en “alianza del pueblo” y “luz de las naciones” (Is 42,6; 49, 6.8; 51,6), así la enseñanza y la justicia de Dios puede iluminar a los pueblos (Is 51,4). En la presentación de Mateo queda claro que Jesús cumple la Ley y toda justicia, que ha venido a cumplir lo que anunciaban los profetas, particularmente Isaías, proclamando la buena nueva del reinado de Dios, enseñando qué es participar en ese reinado, como siervo escogido de Dios. Jesús cumple las promesas señaladas por Isaías, reúne a las ovejas perdidas de la casa de Israel, para que sea “pueblo-alianza”, “luz de las naciones” y así cumplan su papel como verdadero Israel. Este modo de entender los profetas explica lo que Jesús hace y el misterio de su pasión muerte y resurrección.

El reino de los cielos

Un tema muy presente en la enseñanza de Jesús, según el evangelista Mateo, es el “reino de los cielos” o “reino de Dios”. Si bien nos hemos habituado a oír la expresión “reino”, es mejor comprender que se trata del “reinado de Dios”. La expresión “reino de los cielos” aparece 32 veces en el Evangelio de San Mateo. Dicha expresión era utilizada entre los judíos, se decía “de los cielos” para evitar mencionar la palabra Dios, por respeto y reverencia, aunque en algunas ocasiones Mateo utiliza la expresión “reino de Dios” (12,28; 19,24; 21,43). La idea de “reino de los cielos” se funda en Isaías 40,9 y 52,7; se trata del anuncio de la buena noticia: “ya reina tu Dios”. Es esa la buena nueva y Jesús ha venido a proclamarla. De hecho, el tema del reino aparece como transversal en los cinco discursos de Jesús presentados en el evangelio de Mateo y es el tema central de su predicación: «Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “Conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado”» (Mt 4, 17). En el llamado discurso misionero (Mt 10) el Reino es anunciado, acogido y rechazado; en el discurso que reúne las parábolas (Mt 13) el reino es descrito en su crecimiento lento, misterioso y eficaz; en el discurso comunitario (Mt 18) se trata de la Iglesia como signo del reino; en el discurso escatológico (Mt 24) se expresa la esperanza de que el reino llegue a su plenitud

El concepto “reinado de Dios” subraya la aceptación de la soberanía de Dios sobre el pueblo. Dios reinará sobre su pueblo no a través de intermediarios, como lo hizo antes a través de reyes y sacerdotes, sino que reinará porque la

Ley estará establecida en los corazones de los miembros del pueblo de Dios, al acoger la enseñanza divina en sus corazones (Is 51,7). Jesús insiste en esa comprensión del reino, confrontando así un concepto errado que se había afirmado en Israel, esto es, un concepto nacionalista de un futuro reino político. El reinado de Dios, desde la enseñanza de Jesús, no es la constitución de una soberanía política que ejercería Israel, no supone la expulsión del opresor extranjero, ni la independencia respecto a Roma. El reinado de Dios llega a aquel que quiere permanecer fiel a la relación de Alianza con Dios (5,3.10.19-20; 6, 33). Se trata de un don benevolente de Dios, que pueden recibir quienes se disponen para eso. Jesús habla del “reino de los cielos” a través de parábolas en las que se logra entrever que el “reino” es un don de Dios, procedente de su bondad misericordiosa, que establece nuevas relaciones, el creyente se relaciona con Dios como hijo, Dios es visto como padre y la relación con Él se establece desde la confianza y el amor. Quienes acogen a Dios constituyen una familia. Dios no es ya percibido como un juez severo e implacable sino como padre misericordioso. De este modo, el reino se establece allí donde el creyente acoge la propuesta de Jesús, y acogiendo la voluntad de Dios en su vida, vive en el amor a Dios como Padre y ama a los demás como hermanos, lo cual se puede realizar de modo adecuado en la comunidad que Jesús establece, su Iglesia.

La Iglesia

Con frecuencia se dice que el evangelio de san Mateo es el evangelio eclesial por excelencia, es decir, el que más trata de la Iglesia. Ciertamente, el tema eclesial es relevante en este evangelio y, por eso, se presentará con mayor detenimiento algunos elementos de la visión eclesiológica de Mateo.

En el capítulo 16, versículo 18, el evangelista pone en labios de Jesús unas palabras dirigidas a Pedro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». En tales palabras se propone la voluntad de Jesús acerca de la existencia de la Iglesia. El texto se encuentra dentro de una sección que se concentra en los discípulos. Desde el capítulo 15, 12 hasta el 17, 19, se encuentran indicaciones de Jesús a sus discípulos. Se concentra en enseñanzas

de Jesús a los discípulos. Dentro de ese texto, está la confesión de Pedro (16, 16). Es oportuno fijarse en la confesión de Pedro, las palabras de Jesús y el papel de Pedro.

El contexto de la confesión de Pedro es la pregunta que Jesús hace a sus discípulos acerca de lo que la gente piensa de Él. A la respuesta de la gente, referida por los apóstoles, señalando que la gente piensa que es un profeta, se contrapone la respuesta de Pedro que, en el evangelio de Mateo, es: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». En el versículo 17 se presentan unas palabras de Jesús a Pedro que señalan, en definitiva, que la fe de Pedro, su confesión de fe, es gracia: «“Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». En el versículo 18 se añade: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.». Es importante la noción de “edificar”, es un concepto dinámico que, en la Escritura, suele expresar la acción de Dios. Es Dios quien edifica y la Iglesia se va edificar por acción de Dios. Jesús edificará y lo hará con Pedro y los demás apóstoles que le siguen y los discípulos, ya los judíos, los jefes, no quisieron construir. Así hay que entender el dicho de Mt 21, 42-43: «Y Jesús les dice: “¿No han leído nunca en las Escrituras: La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos? Por eso les digo: Se les quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos”».

Los sumos sacerdotes y fariseos se dieron cuenta que hablaba para ellos cuando dijo que rechazaron la piedra angular. Jesús construye su Iglesia y de modo distinto a lo que era la sinagoga, que era una realidad cerrada, encerrada en sí misma y centrada en la ley. La Iglesia de Jesús estará centrada en Él y abierta al mundo, según el proyecto de Dios. La Iglesia es de Jesús, Él afirma que la edificará, pertenecer a ella es gracia, don, misión; no es un privilegio ni un mérito. La Iglesia de Jesús es una comunidad fraterna, un conjunto de personas convocadas por el amor de Dios, que vive unos lazos de fraternidad, con una diferenciación de ministerios.

Esta Iglesia es la comunidad convocada por Dios en torno a Cristo para ser signo del Reino.

Por eso, entre la comunidad israelita y la formada por Cristo hay separación y superación. No son lo mismo. Hay continuidad en cuanto al plan salvífico, pero hay también ruptura en cuanto al estilo, formas, instituciones. La Iglesia de Cristo será comunidad de hermanos porque Cristo se hace hermano de todos, de modo especial, de los más pequeños.

La Iglesia no es solo la suma de los creyentes, sino la presencia de Cristo en medio de su comunidad. Mt 18, 18 ayuda a captar que esa presencia de Cristo integra a la comunidad y la lleva a ser una comunidad que vive en el amor. Es Cristo el que edifica, es Cristo quien da las llaves. Lo principal en la Iglesia es Cristo, no Pedro y la fe de Pedro se cimienta en Cristo. Cristo edifica sobre Pedro que tiene una fe que no brota de méritos propios. Pedro tendrá una responsabilidad y un puesto preponderante. Pedro es aquel sobre quien se fundamenta la Iglesia, pero es alguien que confiesa la fe y es también tentado; alguien que niega, pero luego se arrepiente; se muestra valeroso, pero es débil. Pedro es símbolo de lo que somos los discípulos. Pedro que es pecador, pero sobre todo receptor de la gracia, del perdón, de la misericordia. La Iglesia se funda sobre la experiencia de fe de Pedro, en la que está presente también la carne y la debilidad, pero se configura como gracia de amistad con Cristo. Pedro debe testimoniar esa gracia de Cristo. La estabilidad de la Iglesia no depende de Pedro sino de Jesús, que es quien sostiene a Pedro. Pedro, aun siendo débil, puede enfrentar el futuro con confianza porque Jesús está con Él. Pedro puede ir adelante con la Iglesia sobre la que no podrán las fuerzas del mal porque Jesús lo sostiene y le entrega las llaves del Reino. La metáfora de la llave y la de atar y desatar, habla sobre todo de la doctrina y de las enseñanzas. Atar y desatar tiene que ver con la enseñanza, se indica con dicha expresión que Pedro tiene responsabilidad aquí en la tierra en torno a la doctrina que guiará el ser y la actuación de la Iglesia. Pedro tiene llaves para salvar, aligerar el yugo, para enseñar lo que Jesús ha mandado. La misión de Pedro es abrir a los hombres el Reino de los Cielos con su interpretación autorizada de la Ley, que hace posible vivir la adecuada relación con Dios y los hermanos.

Mt 23, 8 transmite un versículo importante: "ustedes todos son hermanos". En esa expresión se expresa la voluntad de Jesús sobre su comunidad. La Iglesia es ante todo fraternidad. Vivir la gracia de la fraternidad es la gran tarea de los miembros de la Iglesia.

En los capítulos 5, 6 y 7 del evangelio, que contienen el Sermón de la Montaña, el cristiano es presentado como hijo del Padre, discípulo de Cristo y hermano de los demás. Esto refuerza la presentación de la Iglesia como fraternidad que brota de la fe. La fe en Jesús conduce al reconocimiento que Dios es Padre y que Jesús se hace hermano e invita a la fraternidad. En la Iglesia de Cristo el trato ha de ser de hermanos. La palabra hermano, tomada del ámbito familiar, es la palabra que define la relación entre los miembros de la Iglesia. La Iglesia es fraternidad desde el amor de Dios que los discípulos de Jesús han de vivir para alcanzar la justicia mayor. La fraternidad eclesial brota de Dios, en Cristo, no brota de un mutuo acuerdo entre personas. El Hijo ha venido para enseñarnos qué cosa es ser hermano, para enseñar fraternidad. Lo específico de la fraternidad cristiana es una nueva actitud frente a Dios y a partir de esto, una nueva actitud con los hermanos. La fraternidad brota de la consideración que Dios es Padre, una nueva actitud frente a Dios que es posible desde Jesús.

Exigencias de fraternidad

Con todo, en esa familia que es la Iglesia, hay una preferencia por el más pequeño, por el último, por el débil, por el frágil. El mandamiento más importante, el principal, es amar a Dios con todo el corazón, el alma y el ser y junto a él amar al prójimo como a uno mismo (Mt 22, 34-40). Ese amor ha de vivirse en lo concreto de cada día y, particularmente con el más necesitado. «Todo lo que hicieron con estos, mis pequeños hermanos, conmigo lo hicieron» se lee en la parábola del juicio final (Mt 25, 40), de donde emerge que el pobre es todo aquel que pasa necesidad (el hambriento, sediento, desnudo, enfermo, encarcelado, etc.). A la vivencia de la fraternidad ayuda tomar en serio la actitud básica del cristiano, encarnando la actitud del Maestro: «no he venido a ser servido sino a servir y dar la vida en rescate por todos» (Mt 20, 26-27).

Porque Dios es el Padre de todos, el Padre bueno que cuida de todos sus hijos y tiene un proyecto, que es ser el Padre de todos y reunir a todos en familia de hijos, la filiación abre a la fraternidad que se expresa en el amor servicial. Para cumplir la voluntad del Padre, los hermanos procuran no dejar a nadie fuera, pues la voluntad del Padre es que ninguno de los pequeños se pierda (Mt 18, 14). Es de notar que la parábola del juicio final es el final del último discurso de

Jesús en la presentación de Mateo. Es el «broche de oro» con que se cierran las enseñanzas del Señor, indicando la correcta actitud que el discípulo quiere mantener en la historia. El discípulo ha de vivir el presente considerando lo definitivo. Las últimas parábolas de Jesús, las de los talentos y el juicio final, narradas en el capítulo 25 del evangelio, apuntan hacia lo definitivo. El mensaje de esas parábolas permite obtener el criterio para ver si se ha acogido el Reino y se camina hacia el Reino definitivo. Si se es del Reino se ha de practicar aquello que Jesús pide a los del Reino. En el inicio están las Bienaventuranza, en el primer discurso (Mt 5), al final se trata también de bienaventuranza definitiva: «Vengan, benditos de mi Padre...». Todo el último discurso de Jesús (Mt 23, 24, 25) está en la perspectiva de la venida del Hijo del hombre. Ahí se juzga la historia y se va tomar en cuenta la inhumanidad de muchos, la indiferencia frente al dolor y sufrimiento del hermano. Por eso es importante estar vigilante (cf. Mt 24, 42, y Mt 25, 14), ser responsables en la vida.

El éxito en el juicio final no vendrá de la simple pertenencia al pueblo elegido, sino que vendrá del modo cómo se ha vivido. En el juicio final será importante la responsabilidad frente a los marginados e ignorados por los demás. El centro de la parábola del juicio final es la advertencia, el aviso para reconocer al Señor, ahora, en el necesitado. La parábola presenta seis situaciones límites, de carencia, acaso de marginación, que requieren de una respuesta fraterna de parte los discípulos de Jesús. Jesús invita a reconocer en dichos necesitados un cierto modo de presencia suya, de tal modo que quien sirve al necesitado le sirve a Él. Es importante que el cristiano sepa socorrer al necesitado sabiendo que así sirve a su Señor. Cristo se identifica con los seres humanos en necesidad.

Si, por una parte, en el evangelio de Mateo, hermanos son los que cumplen la voluntad del Padre (cf. Mt 12, 46-50), en un sentido más amplio, pequeño hermano es todo aquel que sufre. Por eso, el cristiano ha de asumir una actitud de servicio frente a toda la familia humana. El cristiano no hace diferenciaciones para su caridad que se hace servicio. La exigencia principal de esta nueva familia de Jesús es considerar hermano a todo necesitado.

Recapitulando, se han presentado dos dimensiones de la fraternidad. El discípulo de Jesús vive relaciones fraternas al interior de la comunidad y, por otra parte, reconoce en los más pequeños, en los que sufren, a los hermanos de Jesús. Un tercer nivel de fraternidad es el que aparece en Mt 28, 10: «vayan a decir a mis hermanos». La evangelización, el anuncio de la victoria de Cristo es también una dimensión de la fraternidad. La experiencia agradecida de que Dios es Padre, provoca gratitud hacia el Padre y hacia Jesús y surge la exigencia de llamar a otros a esta vida de hijos. La función de la Iglesia será la creación de la fraternidad. Una fraternidad a partir de la evangelización, que no es otra cosa sino una manera activa de afirmar el ser hijo de Dios y el ser hermano de Cristo, una exigencia de fraternidad.

La Iglesia de las bienaventuranzas

La Carta Magna del cristianismo está en los capítulos 5, 6 y 7 del evangelio de san Mateo. Mt 5, 3 al 10 propone las bienaventuranzas que son la síntesis del sermón y de todo el Evangelio. Muestran el estilo de vida de Jesús que es propuesto como estilo de vida cristiano.

Las bienaventuranzas y todo el discurso se dirigen a todo cristiano, pues proponen la ley que todo cristiano ha de seguir, el estilo de vida que conduce al cristiano a la justicia mayor. El estilo de vida que brota es la luz que Jesús presenta para que brille, vivir ese espíritu es cimentar la casa sobre roca. No se trata, en absoluto, de una propuesta utópica sino de un discurso que contiene principios que se han de llevar a la vida, se trata de la lógica del Evangelio que el cristiano debe asumir en su vida cotidiana. El camino es contracorriente porque anuncia una forma de ser feliz que no la capta quien no cree en el Reino de Dios. Solo desde la fe se puede lograr captar esa forma de ser feliz que propone Jesús para los que quieren ser sus seguidores.

El camino de Jesús es captado por quienes se atreven a creer. Mt 13, 46 afirma que el Reino es un tesoro, una perla.

Las bienaventuranzas son el camino a la civilización del amor, enseñaba Pablo VI, y la Iglesia ha de recorrer ese camino. Viviendo el estilo de las bienaventuranzas surge una nueva cultura, un nuevo modo de concebir la relación con Dios que es Padre, con Jesús que es el Maestro y Redentor que

salva mediante el amor y propone el amor como camino de vida y es una experiencia de fraternidad cimentada en el amor divino. El cristiano, desde la experiencia de ser amado por el Padre, desde el amor servicial que descubre en el estilo de Jesús, aprende a amar y a expresar el amor mediante el servicio, al estilo del Maestro. Así la Iglesia visibiliza y ayuda a la construcción de la civilización del amor.

Las bienaventuranzas tienen una clave eclesiológica porque presentan los que deberían ser los rasgos de la comunidad que establece. Son los rasgos propios de la Iglesia, por eso, a través de la vivencia de bienaventuranzas, la Iglesia se hace transparencia del Reino.

La Iglesia será la comunidad de las bienaventuranzas. Y solo en la medida que se compromete con ese mensaje de las bienaventuranzas, logra la justicia mayor a la cual apela Mt 5, 20.

La Iglesia de la misión

La misión aparece claramente propuesta en Mt 28, 18-20, indicando así que lo propio de la índole de la comunidad formada por Jesús es la misión. La Iglesia es una comunidad que tiende a la misión.

La Iglesia ha recibido de Jesús un mandato de hacer discípulos a todos los hombres, de acercarse a todos, por eso, la misión no es motivada solo por un deseo de hacer crecer una institución que quiere crecer o ser relevante. La misión es la actuación del deseo de Jesús. De lo que se trata es de prolongar la obra de Jesús de la que la Iglesia es continuadora. La misión no es de un momento o de unos momentos. Es una misión que continuará hasta el final de los tiempos.

Con el envío misionero se muestra que Jesús no pensó en una misión que durase una generación, más bien pensó en la permanencia de la Iglesia.

El mandato misionero lleva una promesa: «He aquí que yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo». Se trata de un encargo de largo aliento, desde su partida de este mundo hasta la Parusía. En ese tiempo la Iglesia realizará su misión, que es la de Jesús. Por eso la realizará desde y con Jesús, de allí la promesa: «Yo estaré con ustedes».

Referencias bibliográficas

DÍAZ MATEOS, M., *Ustedes todos son hermanos. La Iglesia en San Mateo*, Lima 2005.

LUZ, U., *El evangelio según san Mateo*, vol. I-IV, Salamanca, 2005-2010.

MAGGIONI, B., *El relato de Mateo*, San Pablo, Madrid 1982.

QUESNEL, M., *Jesucristo según san Mateo*, Verbo Divino, Estella 1993

RIGAUX, B., *Para una historia de Jesús. El testimonio del evangelio de Mateo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1969